

las letras: de la tradición a la modernidad

LA LITERATURA CLÁSICA JAPONESA: espejo del alma de su pueblo

MASATERU ITO *

Resumen

La literatura del clasicismo japonés es el tema de este artículo, resultado de la conferencia que impartió el autor en la XXI Feria Internacional del Libro de Bogotá (23 de Abril al 05 de Mayo de 2008). Los autores reseñados han fundado la tradición literaria japonesa y han impregnado de una profunda carga emotiva y sensorial las diversas manifestaciones del arte literario expresado a través de poemas, cuentos y novelas, los cuales son considerados por el autor como expresiones que reflejan los sentimientos más caros al ser japonés.

Palabras clave: Japón, clasicismo, literatura, poesía, haiku, teatro japonés.

Abstracts

This article is about Japanese classical literature, and it is taken from a lecture that the author presented at the XXI International Book Fair in Bogota (April 23 to May 25, 2008). The authors mentioned in the article have founded the Japanese literary tradition and have added profound emotional and sensorial characteristics to various manifestations of literary art expressed through poems, short stories and novels, which are considered by the author as a way to reflect the most appreciated Japanese feelings.

Keywords: Japan, classical literature, poetry, haiku, Japanese theater.

* Ex Embajador de Japón en Venezuela.

Desde joven me cautivaba no sólo la literatura española e hispanoamericana, sino también la japonesa y, viviendo en los dos mundos igualmente atractivos, soñaba con acometer algún día la difícilísima tarea de traducir literatura japonesa al castellano. Es por ello que, cuando estaba en Venezuela durante el 2004, me aventuré a realizar mi sueño al desafiar a *Hojoki*, una famosa obra de Kamo-no-Chomei escrita en 1212, hoy hace cerca de 800 años.

Tuve la fortuna de leer esta obra clásica japonesa por primera vez cuando aún era estudiante de bachillerato. Precisamente la escogí para traducirla al castellano por ser muy breve y sumamente bella en lengua japonesa. Muchos japoneses saben de memoria las palabras con las que comienza:

La corriente del río jamás se detiene, el agua fluye y nunca permanece la misma. Las burbujas que flotan en el remanso son ilusorias: se desvanecen, se rehacen y no duran largo rato. Así son los hombres y sus moradas en este mundo.... Una morada y su dueño son como el rocío que aparece en el dondiego de día. ¿Cuál más pasajero? A veces el rocío se cae mientras las flores quedan, mas ellas se marchitarán al sol de la mañana. Otras veces la flor se mustia mientras el rocío permanece, mas él tampoco sobrevivirá al día.

Al leer estas palabras iniciales, se notará cómo el autor de *Hojoki* comprendía la vida en forma pesimista. Esta obra se escribió cuando Kamo-no-Chomei tenía 58 años y se cataloga como la literatura del ermitaño.

Cuando yo era joven consideraba su manera de pensar demasiado pasiva pero, a medida que avanza mi edad, me identifico con él. Ahora me parece que su aparentemente modo pesimista de vivir es, en realidad, el más valiente, pues lo que en verdad está en mi poder es sólo mi alma. Lo demás, ni mi familia, ni mi mujer, ni mis hijos, ni mis patronos, ni mis empleados están a mi libre disposición.

El status, el ingreso, el poder, la fama, la casa, la libertad social no me pertenecen pues, al circunscribirse fuera de mí, no hay garantía de que pueda obtener yo de ellos lo que quisiera. Si uno vive cifrando esperanzas en lo que no está en su propio poder, termina alegre o triste a merced de la suerte, y nunca podrá conseguir la verdadera paz. Como Kamo-no-Chomei dice, "Si se conforma con el mundo, será atado de pies y manos. Si no le obedece, será considerado como un loco". Si es así, ¿por qué no minimizar los vínculos con el mundo y pasar el resto de mi vida, dedicándome a lo que realmente quiero hacer? Y el mismo autor agrega: "Conozco mis necesidades y conozco el mundo. No codicio nada ni tengo ansias de ganar nada. Sólo deseo la quietud y mi felicidad es estar libre de preocupaciones."

Está ampliamente reconocido que el pueblo japonés se distingue, en lo general, por su carácter artístico mas no religioso, ni filosófico ni científico. Tampoco es muy analítico ni lógico, sino más realista e intuitivo. En cada época los japoneses expresaron sus pensamientos no en la filosofía especulativa, sino más bien en obras literarias concretas. Octavio Paz dice: "ni antes ni ahora el Japón ha sido para nosotros una escuela de doctrinas, sistemas o filosofías sino una sensibilidad. Lo contrario de la India: no nos ha enseñado a pensar sino a sentir." La indiscutible tendencia de la cultura japonesa no consistía en construir un orden de lenguaje abstracto, sistemático y racional, simplemente en hacer uso del lenguaje de acuerdo con las escenas particulares, concretas, emocionales y no-sistemáticas de la vida. Como las particularidades del carácter nacional se expresan más que nada en las tendencias de la literatura, el conjunto de la literatura japonesa estaba íntimamente ligada con la realidad de la vida cotidiana y despreciaba alejarse de la tierra para volar al cielo de la metafísica. Esta característica difiere mucho de las culturas de los tiempos clásicos del Mediterráneo o de las épocas medievales de Occidente. Existía en Occidente la filosofía abstracta e integral que después se desarrolló para alcanzar el idealismo moderno, siendo el centro de su cultura medieval ni la literatura ni las artes plásticas sino la filosofía religiosa. De allí que las catedrales sean su expresión concreta. En cierta medida, al mismo

tiempo de jugar el papel correspondiente a la filosofía en Occidente como medio para expresar el pensamiento, la literatura en Japón ejerció una influencia preponderante en las artes —influencia sin parangón en el caso de Occidente—. En Japón, la historia de la literatura representa en gran medida la del pensamiento y de la sensibilidad de su pueblo.

El Japón consta de un solo pueblo que habla una sola lengua y, entre los países civilizados contemporáneos, es uno de los que más temprano se constituyó en Estado independiente, continuando así durante casi dos mil años. No hay otro caso similar en la historia mundial. Si consideramos las causas de esta continuidad, advertimos que es de fundamental importancia el factor de la ubicación geográfica del Japón como un archipiélago que yace en el Océano Pacífico, apartado de la costa oriental de Asia y suficientemente cerca para recibir la influencia cultural del Continente, pero demasiado lejos para la invasión. De allí que la identidad del pueblo japonés se caracteriza por su homogeneidad.

Como todo el pueblo comparte las mismas vivencias culturales e históricas, todos nos inclinamos a sentir y pensar más o menos de la misma manera, lo cual nos permite comunicarnos mutuamente sin explicar mucho. Sabemos adivinar lo que otros sienten y piensan sin gastar muchas palabras. Es por ello que, en la literatura japonesa, por una parte, se toma en cuenta tanto lo tácito como lo explícito. De igual manera que en la pintura japonesa, a los espacios vacíos se les confiere o asigna un poder evocador tan grande como el de las montañas y pinos cuidadosamente delineados. Por otra parte, parece haber siempre una repugnancia instintiva por decir las palabras obvias, ya sean “Soy muy feliz” o “Es muy triste”.

La literatura clásica japonesa, al igual que otras artes tradicionales del Japón, se distingue por esmerarse en detalles, aunque no sobresale en formular grandiosos diseños. Tal vez la naturaleza y el clima benignos así como las cuatro estaciones del año bien marcadas, hayan agudizado la sensibilidad del pueblo japonés, suscitando su inclinación por detenerse en los detalles. La propensión al detalle conduce a ser perfeccionista. El pueblo japonés no sólo prefiere obras

pequeñas de refinamiento y de sabor delicado a las grandiosas de poco sabor, sino que además se cuida por ser más perfecto que original.

Las obras más antiguas escritas en lengua japonesa, es decir, las obras más antiguas existentes, son el *Kojiki* o "Crónicas Antiguas" completada en 712 d.C. y el *Nihon Shoki* o "Crónicas del Japón", aparecida 8 años más tarde. No cabe duda de la existencia de una literatura oral anterior a estos libros; fue, sin embargo, sólo después de que los japoneses llegaron al dominio de la escritura china, introducida al Japón por vez primera en el siglo VI de la era cristiana, cuando se logró conservar por escrito los poemas y leyendas tradicionales.

El "Kojiki" narra la creación del cielo y de la tierra, la proveniencia desde el cielo por parte del primer emperador, así como también de los dioses, y de la creación del Estado del Japón, entre otros eventos. Si hacemos algo de literatura comparada la diferencia fundamental del *Kojiki* con el Antiguo Testamento de los hebreos es que en este último existe primero el Dios único y todopoderoso y por sus fuerzas se crean la naturaleza, los animales y las plantas. Pero en los mitos japoneses, no existe tal Dios absoluto: ningún dios representa un concepto sobrenatural. En ese sentido el *Kojiki* se parece más al *Popol Vuh* de los mayas. El *Kojiki* es un tesoro de antiguos mitos y leyendas japoneses que contiene una rica colección de cantos y poemas.

Hacia el fin del siglo VIII apareció el *Man'yōshū* o Colección de una Miríada de Hojas. Esta fantástica antología está conformada por 20 tomos, contiene unos 4.500 poemas compilados por un sinnúmero de hombres y mujeres de todos los oficios, jóvenes y ancianos, desde emperadores, miembros de la familia imperial, nobles hasta soldados y humildes campesinos, muchos de ellos anónimos.

Los actuales países civilizados de Occidente, salvo en griego y en latín, no tuvieron la poesía lírica antes del siglo XI. Por otra parte, el *Man'yōshū* compilado en el siglo VIII recoge magníficos poemas líricos compuestos por autores de diferentes estratos sociales lo cual, junto con el hecho de que gran número de japoneses hoy en día siguen componiendo el *tanka* y el *haiku*, demuestran así la vena literaria del pueblo japonés.

El *tanka* es una estrofa de 31 sílabas distribuída en versos de 5, 7, 5, 7, 7. El *haiku*, descubrimiento más reciente, contiene 17 sílabas repartidas en tres versos de 5, 7, 5. Kakinomoto no Hitomaro del siglo VII, considerado por muchos como el poeta más grande del Japón de todos los tiempos, ocupa un lugar destacado en el *Man'yōshū*.

El compuso, por ejemplo:

El mar del cielo:
altas olas, las nubes;
barca, la luna
por el bosque de estrellas
bogando hasta perderse.

También este otro:

¿Dormiré solo de nuevo
en esta noche larga, larguísima
como la cola del faisán dorado,
pendiente cuerda,
y su confuso rumor de pasos?

No faltaron otros poetas que, con sentimiento, escribieron acerca de temas tales como las bellezas naturales, la nostalgia por el hogar, las penas por la vejez, la pobreza, y naturalmente, acerca del amor —de todo tipo y, a menudo, crudo y pasional— siempre con toda claridad y atrevida simplicidad, en claro contraste con las reservadas sutilezas y recursos técnicos de los poetas posteriores.

El siguiente poema es de autora anónima:

¿Para la esposa
de otro, estas palabras
que me desatan
la cinta del vestido?
¿De otro, estas palabras?

La invención, durante el siglo VIII o IX, de la escritura “kana” o signos fonéticos que representan los sonidos del japonés de manera más fiel que los caracteres chinos, hizo posible la típica literatura del Período Heian (794-1192) que se caracteriza por la japonización de la cultura continental. La principal obra poética de esta era fue el *Kokinshu* (Colección de Poesías Antiguas y Modernas, 905).

Un ejemplo:

Es insondable el corazón del hombre,
pero en mi pueblo huelen igual que antes
las flores del ciruelo.

KI NO TSURAYUKI

Otro ejemplo:

No se ha cerrado
la noche y ya amanece: es el verano.
—¿Y dónde, entre las nubes,
la luna se ha alojado?

KIYOHARA NO FUKAYABU

Del mismo período Heian forma parte también una de las obras de mayor renombre en la literatura nipona, el *Genji Monogatari* (*Historia de Genji*) escrita en 1008, hace exactamente mil años, por una dama de la corte, de nombre Murasaki Shikibu. La obra, en 54 tomos o capítulos, escrita por esta autora de alta sensibilidad e introspección, es la novela más antigua y por cierto la primera novela psicológica del mundo. La historia gira en torno de dos héroes, Hikaru Genji y su hijo. Genji fue un príncipe imperial, que gozaba de una estimación bien establecida como un hombre sobresaliente, atractivo y de gran talento. No sólo diversas mujeres son presentadas por la autora en relación con los héroes, sino que en total, como 400 personajes aparecen en la novela, por lo cual es realmente digno de admiración que cada uno de ellos esté dotado de un carácter individual distinto. En *Genji*

Monogatari se describe el amor y las penas de los nobles y sus mujeres, y a tal grado alcanza las partes más recónditas de la psicología humana, que el patetismo indefinible que allí se siente sería una de las razones por las cuales aún se sigue leyendo esta antigua obra. Nos atraen sus vívidas, refinadas y sutilmente sensibles descripciones sobre los amores, pasiones y deseos humanos eternamente invariables, a través de relatos detallados de la vida elegante de la sociedad aristocrática del Japón de aquellos tiempos. Es una novela extensa, pero se caracteriza por su lirismo en contraste con las novelas occidentales y chinas que son más bien épicas y narrativas. Aparecen en *La Historia de Genji* cerca de 800 poemas, pues el modo usual de comenzar unos amores consistía en escribirle a la dama de su elección un poema.

Los enamorados se enviaban entre sí constantemente cartas breves que, según la estación, iban a veces atadas con ramas de la flor de ciruelo o las rojas hojas del arce. Las cartas breves eran, por supuesto, poemas y se los juzgaba no sólo por su contenido sino también por su caligrafía. Luego se esperaba impacientemente la respuesta. Por una parte, no había mejor modo de conquistar el corazón de una dama que con un poema bien caligrafiado en el papel más adecuado para el caso. No dejará de sorprender a los occidentales, por otra parte, al leer novelas japonesas, la serenidad de aquellos héroes que en medio de luchas sin cuartel se las arreglaban para tener tiempo de componer un poema de despedida sobre la caída de la flor del cerezo, así como los versos de los simples soldados que en las noches del invierno se ponían juntos a componer poesía. Parece casi un milagro que esta gran novela se escribió a principios del Siglo XI, seiscientos años antes de Shakespeare, y trescientos años antes de la *Divina Comedia* de Dante. Al mismo tiempo, esto sugiere la riqueza del clima cultural y literario del período Heian. Cuando en 1923 apareció el primer volumen de la traducción de *La Historia de Genji*, hecha por Arthur Waley, los críticos occidentales quedaron pasmados ante su grandeza y el mundo insospechado que les revelaba. Ahora, gracias a esta soberbia traducción de Arthur Waley y también otra más reciente de Edward Seidensticker, está al alcance de los lectores occidentales el poder

decidir por sí mismos si esa obra no es sólo la primera verdadera novela que se ha escrito en el mundo, sino también una de las más grandes. La influencia de *La Historia de Genji* sobre la cultura japonesa en los siglos posteriores ha sido larga y profunda. En cada época se leyó como un modelo y aún hoy en día existen innumerables “grupos de estudios de *Genji*” por todas partes del Japón. Asimismo, podemos ver la sombra de “*Genji Monogatari*”, su influencia en las obras de los escritores modernos como Higuchi Ichiyo, Tanizaki Jun’ichiro y Kawabata Yasunari.

La vida cotidiana de los nobles está descrita también elocuentemente en el *Makura no Soshi* (*El Libro de la Almohada*), una brillante colección de ensayos de un estilo que raya en los poemas-prosa, escritos también éstos por otra dama de la corte, con mucho talento y perspicacia, Sei Shonagon (alrededor de 996-1013). Las descripciones presentan, sin embargo, una visión más realista y abunda más el humor. *El Libro de la Almohada* se caracteriza tanto por la profunda y delicada sensibilidad a lo bello de la naturaleza durante las estaciones, como también por la agudeza de ingenio difícilmente lograda en la literatura del Japón posterior a esta época. Afortunadamente la Editorial Alianza publicó una traducción al castellano de esta obra por Jorge Luis Borges y María Kodama.

Muchas de las obras más famosas del período Heian se deben a mujeres. No obstante los hombres, por tradición, se dedicaron al estudio de la cultura china, para entonces altamente adelantada, de allí que fuera de su preferencia escribir en chino como, en tiempos remotos, muchos europeos preferían hacerlo en latín, haciendo alarde de su erudición. Por lo tanto, la tarea de conquistar las glorias de la época en el lenguaje nacional y de crear una nueva tradición literaria fue dejada, de esta manera, en manos de las mujeres.

Las encarnizadas acciones bélicas que marcaron el final del período Heian dieron nacimiento a una serie de romances históricos encabezados por el *Heike Monogatari* (*La Historia de Heike*, 1233). Dado que, al declinar el período de regencia del emperador y su corte, el gobierno pasó a manos de aristócratas guerreros, le tocó al valiente

guerrero “samurai” reemplazar, como héroe literario, al afeminado cortesano. Asimismo, los destrozos dejados a lo largo de las luchas infundieron un tono trágico a todos los escritos, con énfasis especial en la futilidad de la vida humana y en las vicisitudes del destino de los sobrevivientes. Si bien los escritores del período Heian pocas veces se remontaron a épocas anteriores, al declinar su gloriosa cultura, la añoranza por los tiempos pasados llegó a constituir el tema principal de la literatura de los años inmediatamente posteriores al período Heian durante el medioevo japonés.

La Historia de Heike comienza así:

En el sonido de la campana del Templo Gion resuena la transitoriedad de todas las cosas. La pálida tez de las flores de la teca nos manifiesta la verdad de que quienes prosperan han de caer. Los soberbios no duran mucho; antes bien, desaparecen como el sueño de una noche de primavera. Y los poderosos también perecerán al fin, como el polvo bajo el viento.

Ese es el tono de los tiempos. En menos de un siglo después de haberse terminado *La Historia de Genji* con su pintura de la sociedad más elegante que se recuerda, el país fue desgarrado por las guerras civiles. La hermosa capital fue asolada por el fuego, las plagas y el hambre. Llegó un momento en que se decidió abandonar la antigua ciudad y el emperador niño fue llevado rápidamente a una miserable aldea de la montaña. En tan terribles tiempos muchos recurrieron a la religión en busca de consuelo.

La Historia de Heike no era para leer con los ojos sino para escuchar su narración que se hacía acompañada por el laúd, de modo que el texto es rítmico y musical como una poesía épica. Heredando la tradición de *Makura no Soshi* (*El Libro de la Almohada*) de los tiempos de Heian, la época medieval vio el florecimiento de la literatura a través de ensayos, entre los cuales se destacan *Hojoki* (*Un Relato desde mi Chozza o Canto a la vida desde una choza*) por Kamo-no-Chomei (1153-1216) y *Tsurezuregusa* (*Ensayos de momentos de ocio u*

Ocurrencias de un ocio) por Yoshida Kenko (1283-1353). Este último fue un bonzo budista quien escribió *Tsurezuregusa* mientras vivía en retiro voluntario. A pesar de que esta antología de ensayos, compuesta de dos tomos, suele compararse con *El Libro de la Almohada*, empero, la obra de Kenko es de naturaleza más contemplativa, más sombría y de tono nostálgico. El autor, aparentemente, había abandonado su mundo circundante y perdido interés por muchas cosas de la vida temporal. Sus ensayos líricos enseñan la alegría de vivir en forma sutil como también la concepción budista de lo efímero de las cosas. Desde entonces, *Tsurezuregusa* ha influido mucho no sólo en los escritores japoneses posteriores sino también en los ideales estéticos y de conducta concreta del pueblo japonés en general. Existe la traducción al castellano de *Tsurezuregusa (Ocurrencias de un ocio)* por Justino Rodríguez y publicada por Ediciones Hiperión.

A partir del siglo XIV, se ha venido desarrollando el teatro Noh que es, por un lado una combinación de canto, danza y música, pero por otro lado es quizás, la forma teatral más antigua del mundo puesta en escena de manera ininterrumpida desde sus orígenes hasta nuestros días y que, actualmente, pese a su lenguaje arcaico y a su austera forma de representación, goza del favor de un público, incluso joven, que crece de un modo constante. Asimismo, bien sea por la poesía de sus textos y sus implicaciones casi rituales, por la particular economía de sus movimientos —aunque no del tiempo— o aún por la belleza de sus máscaras y vestuario, el Noh resulta uno de los teatros de Asia que más ha atraído la atención y el interés de intelectuales y artistas de Occidente. Los creadores del teatro Noh, Kannami y Zeami, padre e hijo, reconocen la cualidad máxima de la expresión artística en el *yugen*, expresión que a falta de un equivalente en idioma occidental, podríamos traducir como “cualidad de oscuro, triste, sugestivo, elegante o apenas-revelado”. En cada programa del teatro Noh, se representan cinco piezas, ordenadas según se estableció en el siglo XVI. La primera pieza trata de los dioses; la segunda, de un guerrero; la tercera, de una mujer; la cuarta, de un loco; y la última, relacionada con los diablos o también puede ser de carácter festivo.

Cada pieza del repertorio de Noh está clasificada dentro de alguno de esos grupos, y el propósito de ese programa fijo es lograr el efecto de un todo artístico, con su introducción, su desarrollo y su clímax. La tercera pieza, o sea la que trata de una mujer, es la que más gusta pero, si se presentara todo un programa de piezas semejantes, se echaría a perder el efecto total, de igual modo que si, digamos, en una ópera italiana se pusieran únicamente cinco escenas sobre la locura cantadas por otras tantas tiples ligeras. El tono de las piezas de Noh es serio, a menudo trágico. Para suavizar esta atmósfera se implantó la costumbre de intercalar farsas entre los dramas de cada programa, farsas llamadas *Kyogen* que suelen ser parodias que las preceden.

El siglo XVI fue una época no fecunda en obras literarias por coincidir con una etapa de guerras entre feudos rivales dentro del Japón. Sin embargo, se notó un gran resurgimiento literario en las postrimerías del siglo XVII que coincide con los albores del período Tokugawa, tiempo de paz y prosperidad no sólo para los comerciantes sino también para la emergente cultura plebeya. A diferencia de la literatura japonesa de épocas previas, predominantemente aristocrática tanto en tema como estilo, y compuesta principalmente para el solaz de un reducido círculo de la clase acomodada, la nueva literatura se dirigió a la burguesía recién formada.

Es curioso que los occidentales se hayan sentido tan familiarizados con los grabados japoneses y que, en cambio, persistan en el desconocimiento de uno de los más grandes novelistas japoneses, Saikaku, quien representa la contraparte literaria de ese movimiento pictórico conocido como *ukiyo-e* o “pintura del mundo flotante”. A pesar de que *Ukiyo* es un término budista que originalmente significó el “mundo triste” del cambio y la transitoriedad, luego se convertiría en el “mundo flotante” del placer y la moda, principio regente de la conducta en la burguesía de la sociedad rica japonesa del siglo XVII.

Los momentáneos placeres de la vida eran más estimados que los valores eternos buscados por los recoletos medievales. La obra con la que Saikaku fundó su reputación como novelista —ya era conocido como poeta *haiku*— fue *El hombre que dedicó su vida al*

amor, obra alegre, a veces pornográfica. Sus novelas abundan no sólo en aventuras de libertinos y cortesanas sino también en las vicisitudes de los comerciantes de las principales ciudades. Sirviéndose de ellós como material básico para sus novelas, Saikaku representó en su obra la vida de la gente común de la ciudad con vívido realismo y con un estilo mordaz. Sus obras, expresión de su notable capacidad de profunda observación de la vida humana y de la sociedad en la cual vivía, se consideran a menudo como un antecedente de las novelas realistas de la época posterior del Japón moderno.

Al tiempo que Saikaku creaba y perfeccionaba sus cuentos y novelas del “mundo flotante”, Chikamatsu Monzaemon no sólo prefirió escribir sus obras para *Joruri*, o teatro de marionetas, sino que, además, escribió más de ciento cincuenta obras, algunas de ellas adaptadas también para el teatro *Kabuki*.

Una de las obras principales de Chikamatsu Monzaemon, “*Los amantes suicidas de Amijima*”, que fue traducida al castellano por Jaime Fernández y publicada por Editorial Trotta. Los amantes son títeres que representan la vida y el amor de Jihei, un comerciante de Osaka y de Koharu, su geisha. La obra está ambientada a finales del siglo XVII, momento en que la cultura del pueblo florece en su máximo esplendor dentro del género del teatro *Kabuki* y *Joruri*. El recitador hace de narrador y da voz a los personajes. La música de *samisen* sirve de acompañamiento y los titiriteros mueven unas marionetas casi tan grandes como ellos mismos. Chikamatsu nos ha dejado una excelente definición de la estética: “El arte vive en las delgadas fronteras que separan lo real de lo irreal”. Y en otra parte expresa: “El poeta no dice: esto es triste sino que hace que el objeto mismo sea triste, sin necesidad de subrayarlo”. Chikamatsu se daba cuenta muy bien de que el teatro de títeres requería un estilo literario especial. La obra es la tragedia de una pareja con un amor imposible que termina en un doble suicidio presentado en un estilo bello y, al mismo tiempo, escalofriante. El sentido simbólico de los muñecos para el teatro está plenamente potenciado.

Una tercera manifestación literaria importante del siglo XVII fue el surgimiento del “haiku”, forma poética conformada por tres versos

de 5, 7, 5 sílabas respectivamente. Matsuo Basho (1644-1694) fue el representante más grande del nuevo estilo. En conversaciones con sus discípulos, Basho declaró que los dos principios de su escuela poética eran el cambio y la permanencia. Esa declaración resulta más inteligible cuando se conocen los dos peligros que siempre amenazaron a la poesía japonesa. El primero y más grave de ellos eran la rancidez y la esterilidad como resultado del estudio excesivo y la imitación de las obras maestras anteriores. Basho insistió en que su estilo poético tenía que “cambiar con cada año y refrescarse con cada mes”, como él mismo decía. Y aún dijo más: “No pretendo seguir los pasos de los hombres de antaño; busco lo mismo que ellos buscaron”. Quiere decir que no quería copiar las soluciones que los poetas de otros tiempos habían dado a los problemas eternos, sino que, en vez de eso, trataba de resolverlos por sí mismo. Eso es lo que quiso decir con su segundo principio, el de la permanencia.

Uno de sus haikus más famosos es:

Un viejo estanque:
salta una rana ¡zas!
chapaletéo.

Basho nos ha dado aquí simples apuntes, como si nos mostrase con el dedo dos o tres realidades inconexas que, de algún modo, tienen un “sentido” que nos toca a nosotros descubrir. El lector debe recrear el poema. En el primer verso encontramos el elemento pasivo: el viejo estanque y su silencio. En el segundo, la sorpresa del salto de la rana que rompe la quietud. Del encuentro de estos dos elementos debe brotar la iluminación poética. Y esta iluminación consiste en volver al silencio del que partió el poema, sólo que ahora cargado de significación. A mi modo de ver, el haiku trata de percibir en un instante una eternidad, algo parecido a sacar una instantánea.

En las líneas anteriores me he referido sólo a unas cuantas obras clásicas de la literatura japonesa y he omitido tantas otras que me hubiera gustado referir. También me he limitado a las épocas anteriores

a la modernización del Japón, porque considero que la era de Meiji en que se abrió la época moderna del Japón no fue sino el resultado de la preparación y el entrenamiento adquiridos en la época de Edo o Tokugawa, por lo tanto no hablé de propósito sobre la literatura de Meiji y de las épocas posteriores.

Finalmente, me sentiría muy feliz si estas páginas sirvieran para ofrecer al lector otra visión del mundo, distinta a la occidental, otra imagen del hombre, para despertar su curiosidad e interés por la literatura y la cultura en general del pueblo japonés.





東方美人
仲町

於
仲

於
仲

Kitao Shigemasa. Beauties of the Eastern Quarter